



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EL SACERDOCIO Y EL CORAZÓN DE CRISTO

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=n280q_dSQ_U

El sacerdocio y el Corazón de Jesús

Yo le he puesto como título a esta reflexión: «El sacerdote o el sacerdocio y el Corazón de Jesús». En primer lugar, no sé si a la hora de hablar del Corazón de Jesús hay que hablar de la devoción al Corazón de Jesús, de la Teología del Corazón de Jesús, o sencillamente, de la perspectiva o del acento de hablar del Corazón de Jesús, que en el fondo no es más que una perspectiva de acercarse al misterio de Jesucristo porque no estamos hablando de nada distinto, sino, sencillamente, un acento o una perspectiva. Entonces, esa perspectiva, ese acento, esa imagen del Corazón de Jesús, ¿de qué manera configura nuestra vida, nuestro sacerdocio?

Creo que una primera forma para acercarnos a hablar de ello es la de nuestro ser, nuestra identidad, porque creo que si por algo se caracteriza nuestro ser sacerdote es por el hecho de **ser para la evangelización**, nuestro ser, nuestra identidad se explica en la evangelización. Aquella famosa expresión de la *Evangelii Nuntiandi* de San Pablo VI, en el año 1975: «La Iglesia existe para evangelizar». Es nuestra razón de ser. Tú, ¿para qué existes?, ¿para qué estás en esta vida?, ¿qué sentido tiene tu vida? yo existo para evangelizar, no existo para otra cosa; fuera de eso, mi vida no tiene sentido. Tener eso claro es básico.

Yo creo que esa perspectiva del Corazón de Jesús es una clave para entender esta vocación a la evangelización. Subrayar la imagen del Corazón de Jesús es, sobre todo, subrayar esa vocación al envío a ser enviado, a ser evangelizadores. La imagen del Corazón de Cristo es lo que está subrayando: es un amor que se ofrece, es un amor que sale, que no se queda adentro, sino que sale afuera. La imagen del corazón está llamada a ser interior, y a no exteriorizarse. Y yo creo que si algo remarca la imagen del Corazón de Jesús que se exterioriza, es la llamada a que nosotros, nuestra razón de ser, sea salir de nosotros mismos, evangelizar. Creo que hay una clave, una gran ayuda, un gran instrumento para entender nuestra identidad evangelizadora.

El antídoto contra el jansenismo

Fijaros que la devoción al Corazón de Jesús o la clave del Corazón de Jesús, obviamente, es tan antigua como la revelación de Dios, pero es verdad que ha habido un momento histórico, en los tiempos modernos, en los que, digamos, desde Santa

Margarita María de Alacoque en el siglo XVII etc, hay un momento en el que además de la revelación pública, también a través de ciertas revelaciones privadas han subrayado más esa imagen, para precisamente, evangelizar, hacer el gran anuncio de Dios. Históricamente, en los siglos XVII, XVIII y XIX, la devoción del Corazón de Jesús fue como un gran antídoto frente al jansenismo. En la providencia de Dios, la devoción al Corazón de Jesús fue una gran respuesta al jansenismo que aunque naciese en ambientes protestantes, también hay que decir que generó una gran herida también en el mundo católico: esa visión rigorista que podía llegar incluso como a nublar, a esconder lo más originario de Dios, que es el amor que se quiere transmitir, que se quiere comunicar. Y quizás, se pudo vivir que ese santo temor de Dios se transformó por un temor a Dios. Y no es lo mismo el temor de Dios que el temor a Dios, son dos cosas distintas. Y por eso, por lo menos siempre lo he entendido, me parece muy providencial que el don del Espíritu Santo diga tener temor de Dios, no temor a Dios; hay un matiz ahí bien importante. El temor de Dios entiendo que es el temor de apartarnos de Él ¿qué sería de mí si no voy de la mano de Dios? El temor a Dios es otra cosa bien distinta: es el temor a su persona. Creo que el jansenismo, precisamente, confundió esos dos términos y originó un drama: el drama de velar, de ocultar lo más auténtico, lo más definitivo de la esencia divina, que es su amor comunicativo.

Ahora, uno diría: «pero eso fue hace mucho tiempo, porque ahora estamos en un momento en que de jansenismo tenemos poco». Es verdad, hoy en día no pecamos de jansenismo, sino de absolutamente del lado contrario: hoy no hay sentido de la trascendencia ninguna, no hay sentido respecto a Dios, ni sentido de lo divino, ni sentido de nada. Yo suelo comentar una de las anécdotas que viví en mis años de párroco en Zumárraga, en la que te sorprende esa falta de sentido de la trascendencia. La anécdota era que, estando yo explicando el primer mandamiento a los chicos de la confirmación, les estaba diciendo: «el primer mandamiento es amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser». Y un chaval me dice: «pero ¡qué egoísta!, ¿no? Todo para él, todo para él» Y yo dije: «¡Por el amor de Dios!, pero ¡qué salida!». O sea, una salida que a mí me parecía absolutamente impensable, inimaginable, porque es que este chaval no tiene sentido alguno de la trascendencia cuando dice una cosa así. Tuve una primera reacción de qué hago con este chico? Le echo a la calle? Pero tengamos misericordia de él, nadie le ha explicado el sentido de la trascendencia. Y me acuerdo que le dije: «tú no te das cuenta, pero tú quien te has pensado que es Dios? Tu no te das cuenta que Él nos sostiene a ti ya mí en este momento? Y que si Él no nos sostuviese, tú y yo volveríamos a la nada». El chico me miraba como diciendo: «¡pero este qué cosas tan raras dice!». Entonces, hoy no estamos en el tiempo del jansenismo, estamos en el tipo contrario: en la falta de trascendencia absoluta.

Respuesta a la herida afectiva

Sin embargo, pienso que sigue siendo plenamente actual el acento de la devoción del Corazón de Jesús por otro matiz importante. No sólo por revelar, frente al jansenismo, al rigorismo en aquel tiempo, el rostro verdadero de Dios, sino por otro concepto; porque en nuestro momento la herida es de otro tipo bien distinto: es una herida especialmente antropológica la de nuestro tiempo. La gran herida de nuestro tiempo es la de decir «es que yo no le importo a nadie, nadie me quiere, otros son preferidos para mí». Yo creo que la gran herida de nuestro tiempo es una herida afectiva de quien sufre por no ser querido, por no ser amado. Es curioso, es otro momento. Y también creo

que, la providencia, ese acento del Corazón de Jesús, de la teología del Corazón de Jesús, de la devoción al Corazón de Jesús, viene en respuesta de esta herida afectiva. No sólo en respuesta de la gran crisis jansenista, sino también en respuesta de esta gran crisis antropológica en la que el hombre pierde conciencia de su propia identidad, de ser fruto del amor. Por lo tanto, creo que, en primer lugar, estamos ante una providencia, ante una devoción, una teología, un acento que nos permite recordar que nuestra identidad es evangelizadora: hemos nacido para anunciar un **kerigma** al mundo.

Ahora, una cosa: el kerigma tiene que ser efectivo, y es curioso que a veces el kerigma lo siembras y no tiene ningún tipo de efecto; otras veces lo siembras y dices: «pero ¡cómo ha prendido!, ¿cómo es posible que esa palabra de anuncio de salvación que llamamos kerigma, en ocasiones tenga un fruto tan grande y otras veces ha caído absolutamente en el desierto? En gran medida, porque ese gran anuncio tiene que conectar con el anhelo del hombre. Acordaros de esas famosas expresiones de San Agustín : *«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón ha estado inquieto hasta no descansar en ti»*. Por lo tanto, creo que la imagen del Corazón de Cristo no sólo es la imagen de un Dios que está en salida, que sale hacia afuera para evangelizar, sino que también es la imagen de una conexión con el corazón del hombre. Tiene especial actualidad porque está sintonizando dos corazones, de Corazón a corazón, podríamos decir.

La imagen del Corazón de Cristo es reveladora de cómo es Dios, pero también es reveladora de cómo ha creado Dios el corazón del hombre, con qué tipo de anhelos los ha creado. El anuncio del kerigma resulta significativo cuando percibimos que encaja a la perfección con el anhelo del corazón humano, diciendo ¡pero si esto estaba hecho para lo otro!. Si me permitís, es como la imagen del zapato de la Cenicienta, que dice uno: «¡pero si este zapato estaba hecho para esta horma del pie, o este pie estaba hecho para este zapato». Esa conjunción, es la que ocurre con la imagen del Corazón de Cristo: este corazón estaba hecho para, precisamente, ser interlocutor del tuyo. Hay un diálogo de corazón a corazón entre el deseo de Dios y el anhelo del corazón humano. Recordad que el Catecismo de la Iglesia Católica comienza con esta tema en los primeros puntos, antes de ponerse a hablar de la existencia de Dios. Es curioso que el Catecismo de la Iglesia Católica, puntos 27 al 49, comience hablando de que el hombre es capaz de Dios, es decir, hay un orden porque si en primer lugar vamos a hacer un anuncio que no tiene interlocutor tenemos un problema (porque si yo lanzo un anuncio que no tiene interlocutor, este es un anuncio que está llamado a perderse) Por eso, la Iglesia en los primeros puntos del Catecismo dice: «El hombre es capaz de Dios». Es capaz, ha sido hecho con esa capacidad; no sólo con esa capacidad, sino con esa apertura, con ese deseo. Es decir, **el hombre tiene un deseo natural de Dios**. El deseo de Dios no es sobrevenido, el deseo de Dios no es como mucha gente piensa y dice «es que si te educan en una familia religiosa, en ti....». Esto no es así. El deseo de Dios está inscrito incluso en aquel que nunca le habían hablado de nada.

A mí me hizo mucho bien, en mis años de seminarista, aquel librito, no sé si le habéis conocido, de Tatiana Góricheva *Hablar de Dios resulta peligroso*, que era una conversa de la Unión Soviética, nacida en una familia en la que nadie le había hablado de Dios, o sea, nacida ya en un contexto absolutamente ateo, pero que sin embargo tiene una lucha, un anhelo interior que finalmente termina descubriendo a Dios. Entonces ¿cómo es posible que tenga ese anhelo alguien a quien nunca, teóricamente le han dado

ningún tipo de anuncio, que está a cero? pues porque existe un deseo natural de Dios, una llamada natural de Dios. También os comparto que a mí me ha hecho mucho bien un libro que está publicado en la Editorial Palabra, titulado *Los siete anhelos del corazón humano*, de Gregory Popcak y con subtítulo *Dioses rotos*, que es un libro que desarrolla, en una concepción antropológica muy real, una especie de radiografía del corazón humano que tiene un anhelo de totalidad que solamente en Dios puede ser planificado. Y el maligno ha tenido la capacidad de distorsionar los anhelos humanos y derivarlos hacia los pecados capitales. Es decir, ¿qué son los pecados capitales? la distorsión que el maligno ha conseguido realizar en nosotros de los grandes deseos del hombre, que los ha distorsionado y los ha llevado hacia los pecados capitales. Porque en el fondo tú tenías un deseo de Dios y ha sido distorsionado, por eso hay personas y hay por ejemplo expresiones tan atrevidas, como la de Chesterton cuando dice: «El que toca la puerta de un prostíbulo, lo que no sabe es que en el fondo está buscando a Dios». ¡hay que ser atrevido para decir esa expresión! Pero, verdaderamente él cree en esto. Igual que San Agustín incluso en el libro de las *Confesiones* lo dice muchas y dice: «Yo he descubierto ahora que incluso cuando robaba manzanas de la huerta del vecino, cuando saltaba la tapia y allí iba de líder, en el fondo yo estaba buscando una superación de mi rutina, estaba buscando una trascendencia de mi vida anodina; y en el fondo estaba buscando a Dios y no me daba ni remotamente cuenta de ello». O sea que creo que, una gran potencialidad de la imagen del Corazón de Cristo es el que entendamos que nuestra vocación es la de la evangelización, y evangelizar es Dios que sale a el encuentro de un corazón que le anhela, aunque no tiene clara conciencia de qué es lo que estoy anhelando. Yo creo que la cumbre, o la chispa de la evangelización, la chispa que le hace fecunda, se da cuando nos percatamos que nuestro deseo de felicidad coincide con la búsqueda de Dios, de la santidad del hombre. Cuando descubrimos que el deseo de Dios de que seamos santos o la llamada de Dios a la santidad coincide al milímetro con mi deseo de felicidad, dices «aquí esto estaba hecho , el uno para el otro, aquí se ha producido el desposorio pleno, de corazón a corazón, una alianza de corazones» eso es la evangelización. Creo que esa es una imagen muy potente en la imagen de dos corazones que estaban hechos el uno para el otro.

Corazón ardiente y paciente

Segundo matiz. En el segundo matiz, es importante caer en cuenta de que evangelizar no sólo es anunciar el kerigma, no sólo es anunciar el mensaje de salvación, sino que también es catequizar, acompañar para llegar a sanar y a madurar. Recientemente, he leído y escuchado con mucho gusto, con mucha atención, alguna intervención que hizo Monseñor Robert Barron, obispo auxiliar de Los Ángeles, en la Conferencia Episcopal Estadounidense, donde tuvieron allí un debate sobre, las vías nuevas para la evangelización, etc. y una de las cosas que decía él es que se da una paradoja y la paradoja es que algunos han acogido el anuncio de salvación pero no están catequizados; y otros están catequizados pero no han acogido el anuncio de salvación. Eso ocurre que se de esa paradoja: unos han acogido un mensaje de salvación, pero catequesis no tiene ninguna y eso, como no sean catequizados, va a haber ahí un problema en poco tiempo. Y otros, sin embargo, están catequizados, pero no han recibido un anuncio primero de salvación, no lo han acogido; y obviamente eso va a servir para poco. ¡Vaya drama entre las dos cosas !.

Ese método, esa clave, esa perspectiva, ese subrayado del Corazón de Cristo, no solo subraya el gran anuncio del kerigma, sino que también subraya **la escuela apostólica**

de Jesús, que en una convivencia con los doce apóstoles, tenía la santa paciencia de cogerles aparte y explicarles a ellos las parábolas, corregirles con paciencia. Es que Jesús no sólo realizó un anuncio, sino que luego tenía una escuela apostólica y en ella convivía, y convivió, ni más ni menos que tres años con los suyos. Esa escuela apostólica es totalmente necesaria. Hoy en día, creo que estamos valorando mucho en la Iglesia tantos instrumentos potentes que hemos descubierto de primer anuncio, (¡bendito sea Dios!, no seré yo el que diga nada ¡madre mía!) como por ejemplo, en San Sebastián ha llegado con fuerzas, gracias a Dios, los grupos de Emaus, etc. Estos primeros anuncios son totalmente necesarios; pero es verdad que después de los primeros anuncios, como han sido los Cursillos de Cristiandad, etc, se necesita esta segunda dimensión, o sea, el Corazón de Cristo no sólo es el corazón ardiente que anuncia el mensaje, el primer anuncio de la salvación, sino que también es el corazón paciente que lleva a cabo el acompañamiento para la catequesis y para la maduración. Yo insistiría mucho estas dos cosas: corazón ardiente y paciente, al mismo tiempo, sumando las dos cosas y complementándolas, porque yo creo que nosotros solemos pecar de una cosa o de la otra. Entonces uno ve el Corazón de Cristo y dice: «he venido para prender fuego a la tierra y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!» y luego, cuando los hijos de Zebedeo le dicen: «¿quieres que mantenemos mandar un rayo que los queme...? dice: «bueno, no sabéis de qué espíritu sois, guardad vuestra espada». Es curioso, en el Evangelio, verdadera revelación del corazón de Dios, encontramos muchos pasajes que hacen referencia al corazón ardiente, a la importancia de que el seguidor de Jesús, el sacerdote, tenga un corazón ardiente y al mismo tiempo paciente. Y son dos cosas que no están contrapuestas.

Por ejemplo, uno lee en Mateo 21, 19 ese pasaje misterioso de la maldición a la higuera que no daba fruto, y encima no era tiempo de dar frutos, la maldijo y se secó. Dice: que nunca más brote jamás de ti fruto!. Es como una llamada o como una imagen de un corazón apremiante que nos llama a dar fruto, que se espera de nosotros que demos frutos de conversión. Pero también vemos en Lucas 13 y ahí se encuentra la prórroga que da Jesús a aquella higuera y dice «déjala un año más, la abonaremos, la cuidaremos y a ver si da fruto». Entonces ¿en qué quedamos? A mi me parece importantísimo que la imagen que revela el Corazón de Cristo subraya estas dos cosas: sintonizar con Dios es ser ardiente y paciente al mismo tiempo. Porque nosotros a veces confundimos el ardor con ansiedad, o con el amor propio herido, que todavía es peor. Es fácil que uno, bajo argumentos de celo, en el fondo lo que esconda es otra cosa: tenemos impaciencia (eso ocurre) y otras veces nos ocurre que confundimos paciencia con inacción y falta de espíritu apostólico y comodidad; es fácil las dos cosas, es fácil confundir ambos conceptos. Solamente cuando uno ha sintonizado con la interioridad de Jesucristo sabe cómo administrar esto, cuándo apretar el acelerador y cuándo frenar. Es que eso es una cosa que tienes que saber, no existe una especie de librito en el que me den todo tipo de consejos o un manual con una casuística para que yo vea cuándo tengo que apretar el acelerador y cuándo no. Es que ese librito, esa casuística no existe. Solamente se puede llegar a vivirla sintonizando personalmente con Jesucristo, abriéndonos a los dones del Espíritu Santo que brotan del Corazón de Jesús, que te da una intuición, un *sensus*, también dependiendo de quién tienes delante tuyo y en qué circunstancias estamos o cuándo estamos llamados a ser ardientes y cuándo estamos llamados a ser pacientes; y posiblemente las dos cosas acontecen al mismo tiempo. Esto creo que también es una de las características claves del Corazón de Jesús. Entre otras cosas ¿quién ha dicho que el ardor y la paciencia son contrapuestos? Están contrapuestos en nosotros, pero en Dios no están contrapuestos, y de hecho Dios quiere que ambas cosas se conjuguen.

Por ejemplo, yo siempre he solido subrayar, porque es muy importante, que la virtud de la fortaleza se muestra mucho más evidentemente cuando tú la desarrollas teniendo capacidad de asumir de no venirse abajo de los ataques o de las circunstancias duras en las que puedes vivir. Se muestra más la fortaleza con tu capacidad de aguante que no con tu capacidad de ataque. O sea, aquel que confunde fortaleza con agresividad, se equivoca cuando luego resulta que no tiene capacidad de encaje ante las contrariedades o las persecuciones que le pueden acontecer en la vida. Por eso ser ardiente y ser paciente no son dos cosas contradictorias; están reveladas por el Corazón de Cristo y creo que también conjugan con nuestra llamada a la evangelización de realizar el anuncio del kerigma, y luego tener la santa paciencia de Cristo de acompañar a la gente, en su día a día, esperando que el Señor nos dé la gracia de ver cómo crece y cómo madura la semilla de Dios.

El misterio de la revelación

Tercer aspecto. Para poder evangelizar, para poder llevar adelante ese primer anuncio de kerigma, esa catequización, ese acompañamiento, yo creo que es muy importante, importantísimo, la conciencia que tenemos que tener de que nuestra evangelización tiene su razón de ser desde la revelación de Dios. O sea, de que **la Iglesia es depositaria de la revelación de Dios**, y eso me parece que hoy en día tiene una actualidad impresionante, es clave. Y me parece que la imagen del Corazón de Jesús revela muy especialmente lo que es el misterio de la revelación de Dios. Supongo que conoceréis un pequeño estudio exegético que hizo Ignace de La Potterie, este gran conocedor de San Juan, sobre el episodio del corazón traspasado, del momento en que el soldado con la lanza le traspasa el corazón. Es curioso que este texto está exclusivamente el Evangelio de San Juan y no está relatado en los sinópticos. El paralelo de ese texto del corazón traspasado, en los sinópticos es el momento en el que, en la muerte de Jesús, se producen algunos hechos extraordinarios: se produce un terremoto y el velo del templo de Dios es rasgado en el momento en que acontece la muerte de Jesús. De La Potterie dice que es curioso que el paralelo de San Juan, obviamente, tiende a no repetir lo que muchas veces ocurre (como la institución de la Eucaristía) tiende a hacer una radiografía de la fotografía de cómo acontece eso: en ese momento la fotografía es el velo rasgado del templo que cubría, tapaba el *Sancta Sanctorum*, el lugar en el que el hombre no podía acceder a ese *Sancta Sanctorum* y era, digamos, el misterio inaccesible para el hombre porque la revelación de Dios no estaba consumada. Entonces, en el momento de la muerte de Jesús, ese velo que tapaba lo inaccesible de la revelación se rompe, se rasga; y De la Potterie insiste: fíjate cómo en San Juan, en ese mismo momento, es el Corazón de Cristo el que es traspasado. El velo de templos rasgados es el Corazón de Jesús abierto. Es como diciendo: «no existe entre Dios y el hombre secreto alguno, lo oculto de Dios ha sido mostrado en el Corazón de Cristo traspasado». «A vosotros no os llamo siervos, porque un siervo no sabe lo que hace su señor; os llamo amigos, porque todo lo que el Padre me ha comunicado lo he compartido contigo». Por eso la imagen del Corazón de Cristo es la imagen de la revelación.

Hay una frase de San Agustín, que yo cuando la descubrí dije ¡vaya frase! y la frase es: «El corazón de Dios es la Biblia». Me pareció una frase tremenda: “el corazón de Dios es la Biblia”. Es verdad que él no habla del Corazón de Jesús, habla del corazón de Dios; es como diciendo: lo oculto de Dios se ha mostrado en la revelación, no hay secretos para ti. En esta Sagrada Escritura Dios se ha mostrado. Nosotros le

añadiríamos: es el corazón abierto, el corazón traspasado. Esto ha sido largamente preparado para que ese momento llegase, para que, lo digamos. Orígenes dice que el centro de la Sagrada Escritura son los Evangelios; el corazón de los Evangelios, es el Evangelio de San Juan; y luego dice: y el corazón del Evangelio de San Juan, dice Orígenes, es el momento en el que el discípulo amado reclina su cabeza en el costado de Jesús. ¡Es impresionante esa conciencia suya!, de decir: ¿dónde está el corazón del corazón del corazón de la revelación? está el Corazón de Cristo, el momento en que San Juan declina su costado el Corazón de Jesús. Entonces eso ha sido largamente preparado, o sea, nosotros hemos recibido un tesoro quizás, sin darnos cuenta de que el tesoro había sido eso. Dios eligió un pueblo, preparó esas revelaciones y éstas no podían venir de repente, sin una preparación previa. Incluso podríamos decir, eligió el momento histórico, el lugar fue preparado por el pensamiento filosófico de Grecia, quizás abonado por el derecho romano, puesto en un lugar, que también el hecho de que el Señor naciese en Oriente Medio, que era el lugar del encuentro de la intersección de las culturas... es decir, todo estaba preparado para que llegase la cumbre de la revelación en Jesucristo y en este corazón traspasado. Entonces, es importante que nos demos cuenta qué significa la imagen del Corazón de Cristo: Dios no tiene secretos para nosotros, lo ha comunicado todo.

El peligro de la Nueva Era

Ante ese misterio que el hombre no aprecie, no valore la revelación, es un drama que Dios te habla íntimamente y tú fíjate! en este momento estamos en la Nueva Era, donde hay toda una tendencia de espiritualidad, sin religión, y quiere decir eso? Significa rechazar la revelación y yo voy a intentar buscarme a mí mismo ¡Qué drama!, es una involución de dos mil años o más todavía porque es volver antes del Antiguo Testamento. O sea, la Nueva Era es una involución tremenda, ¡habíamos hecho una preparación de siglos y milenios para llegar a la cumbre de la revelación, y ahora tú vas a pegarte una involución! Pero, hombre, eso es una involución en toda regla. Es de repente, a Dios hacerle mudo, es de nuevo esconderle ¡eso es tremendo! No nos damos cuenta del drama qué es eso, de que alguien ahora pretenda sustituir la revelación por, a ver yo qué experiencias tengo yo conmigo? Eso es tremendo! es terrible sustituir la gracia de Dios por la de una energía que conecta con el universo y cosas por el estilo y dice uno pero ¿qué es eso? es un drama!. Es un drama que ahora uno después diga que necesite el zen para conocer a Jesucristo ¿pero a dónde vas tú?.Creo que aquí también hay un subrayado muy especial: que hay una cumbre de la revelación y que, después de esa cumbre de revelación,¿ porque esperas y buscas otras cosas? Si aquí lo tienes todo, ¿adónde vas tú? La famosa frase de San Juan de la Cruz: *«Dios pronunció una palabra y se quedó mudo»*, porque ¿qué más esperas?, que su palabra es Jesús, su palabra es el Corazón de Jesús el que se está comunicando y hablando íntima e interiormente.

Aquí creo que el racionalismo ha hecho una herida muy gorda. Es curioso cómo han conjugado el racionalismo y toda esta Nueva Era, que en si no tienen nada que ver la una con la otra, son antagónicos pero las han conjugado muy bien: el racionalismo pone su duda sobre el pluralismo religioso y los otros se ponen en una búsqueda de la interioridad y de las energías, y se conjugan muy bien. Pero uno va a la revelación, al Corazón de Jesús, que te abre el corazón como se lo abrió a la Samaritana. Y va Jesús y le dice el capítulo cuarto a la Samaritana: *«Vosotros adoráis a uno que no conocéis, nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos»*.

¡Toma pluralismo religioso! Quiere decir que Jesús no puede ser más claro hablando de la revelación; o sea, Dios ha elegido un camino para revelarse, no ha elegido cinco sino que ha elegido un camino para revelarse: «La salvación viene de los judíos». Y, finalmente la mujer dice: «Sí, sé que vendrá el Mesías, el Cristo, cuando venga Él nos lo dirá todo». Y Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». Que momento! (pena no haber tenido una cámara para ver en ese momento el rostro de la Samaritana cuando Jesús le dice: «Pues si soy yo, el que habla contigo») y uno dice: «pero, ¿así, tan cercano?». y entonces dice Bultmann «Lo trascendente no puede conocerse desde una manera fáctica». Y ésto? porque lo dices tú, no? porque le tienes miedo a que Dios se haga accesible, te quejas que dónde está Dios que no habla y luego, si habla, te asustas y dices: «no puede ser tan concreto, tan visible, tan palpable». Pues es tan palpable como para decir: «Trae tus manos y mira, y metelas también en el agujero de mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente». Al hombre moderno le cuesta aceptar la revelación, le parece demasiado cercano para ser verdad, le parece demasiado concreto. Es curioso: se ha quejado de que Dios no hablase y luego, cuando Dios ha hablado, se echa a temblar de que ha hablado demasiado. Entonces es una contradicción: tenemos miedo de la revelación y, sin embargo, la revelación se muestra verdaderamente como una declaración de amor para que el hombre no tiemble, no dude de un Dios que se le comunica.

En el año 2000, cuando la Iglesia publicó esa declaración de *Dominus Iesus*, que trata sobre la unicidad y la universalidad de la salvación de Jesús. Esa declaración fue clave ya que se hizo en medio de la afirmación de la fe de la Iglesia y después de el Catecismo de la Iglesia Católica. Esa declaración está diciendo que Jesucristo es la fuente de salvación para todo el mundo. En el Corazón de Jesús hay una imagen que te dice: Dios te lo ha dicho todo, no se ha quedado nada en el tintero. De hecho, luego, cuando vengan las revelaciones privadas, uno de los criterios que va a tener la Iglesia para dar como auténtica o como falsa una revelación privada, es ver si coincide con la revelación pública o pretende añadirle algo; porque si pretende añadirle algo, obviamente es contradictorio y no es aceptable.

El concepto católico de la misericordia

Cuarta dimensión. La imagen del Corazón de Cristo es una clave de comprensión muy importante del concepto católico de **misericordia**, porque creo que está muy difundido un concepto de misericordia que yo creo que no es plenamente católico, que es decir: «tener misericordia es como tener pena, es como haz como si no has visto” una cosa así. Creo que la palabra misericordia esta un poco devaluada en nuestro lenguaje habitual, incluso en el seno de la Iglesia. Y sin embargo, fíjate, creo que la imagen del Corazón de Cristo nos descubre verdaderamente el significado de la misericordia. He leído un estudio bíblico que me ayudó mucho, de un brasileño, que decía que no etimológicamente, pero sí semánticamente, el término «corazón» en la Sagrada Escritura es sinónimo del término «entrañas de Dios» o del «útero de Dios». No es su etimología sino semánticamente el término corazón, o el término entrañas, “*rahamim*” son dos términos sinónimos. De manera que, cuando confesamos el amor de Dios en la imagen del Corazón de Jesús, en el fondo estamos manifestando nuestra fe en que el amor de Dios nos gesta, nos engendra una vida nueva.

Porque nosotros estamos un poco contaminados por la imagen romántica del corazón, donde el romanticismo ha hecho una imagen del corazón con la flechita traspasada que

tiene poco que ver con la lanza del soldado. Se contaminan las imágenes: la del corazón con la flechita romántica es una imagen de un enamoramiento, es de «te quiero mucho», pero ese amor no es capaz de mostrar la capacidad de transformación del amor. Es una afectividad que no tiene capacidad de hacernos nuevos. Y sin embargo, la imagen bíblica del corazón, muy ligada a la de las entrañas, nos hace referencia a que el Corazón de Cristo es la imagen del amor materno de Dios en su potencia regenerativa, regeneradora: nos sana, nos rescata, nos rehace, nos perdona, nos hace nuevos. Como dice Nicodemo: nos permite volver a nacer de nuevo.

En la misericordia incluye también la regeneración. Aquí hay una diferencia muy importante, esencial, entre el concepto católico y protestante de justificación. El concepto protestante de justificación no es más que una inimputabilidad: Dios no te imputa, Dios renuncia a imputarte tu pecado, Dios tu pecado no lo va a ver. Y por si hubiese alguna duda, utiliza Lutero una imagen que es tremenda: que es la imagen de una nevada en el campo y un montón de estiércol que cuando pega una nevada, nadie sabe que eso ha sido estiércol, es que parece un montón de nieve, o sea, el campo se queda precioso y Dios no te imputa tu pecado, que está debajo de la nieve. Este no es el concepto católico de redención. El concepto católico de justificación, hace que la justificación sea sinónimo de santificación: justificar no es no imputar, sino es transformarte, regenerarte, acerr de nuevo, y ser santo, es otra cosa muy distinta. Por eso el corazón de Dios no sonlo es «te quiero mucho», sino que es «te quiero tanto que te voy a hacer santo, y te voy a hacer nuevo, te voy a regenerar, vas a volver a nacer de nuevo », este es un concepto muy distinto. Es un concepto muy diferente de misericordia el concepto católico. Y me parece que esto hay que subrayarlo mucho: lo que entendemos por la imagen del Corazón de Jesús, son las entrañas de Dios que nos dan a luz. Dicho de otra manera, la misericordia no solo es la compasión hacia el mísero, sino la gracia que lo rescata de su miseria. Y así entendemos también, por ejemplo, el misterio de la purificación del purgatorio , porque justificación es lo mismo que santificación; entonces ¿qué sentido tiene la posibilidad de que seamos purificados más allá de esta vida? porque la santidad y la salvación es lo mismo; o sea, no se puede ser salvo sin ser santo. Y por otra parte, esto que estoy diciendo nos acerca mucho el concepto de santidad porque si no parece que en el cielo hay dos conceptos: los que han sido santos de verdad y los que han sido tapados. Que no se puede vivir la gracia de la visión beatífica sin ser plenamente santificados, y Dios hace ese milagro.

Pero a nosotros a veces nos cuesta más creer esto, porque es muy atractiva esa imagen de Lutero, es muy atrayente desde la experiencia de impotencia que tiene uno. Pero hay que creer que el que creó cielos y tierra y nos creó de la nada es capaz de hacernos santos. Es más fácil creer que Dios creó el firmamento y las estrellas que Él te va a hacer a ti santo; es el acto de fe y el acto de esperanza que necesitas para querer que el don de la santidad del Corazón de Cristo es más potente que el que cree que todas las galaxias del mundo han nacido de el poder creador de Dios. El poder de Dios va a llegar a nuestra santificación, hasta ahí va a llegar, y no podemos esperar menos de Él porque es el don que quiere darnos. Por eso también pocas veces los sacerdotes nos configuramos tanto con el misterio del Corazón de Cristo como cuando predicamos la llamada a la santidad y como cuando administramos el sacramento del perdón de los pecados. Los sacerdotes, administrando el perdón de los pecados, estamos siendo el corazón vivo de Cristo para la vida del mundo; eso es lo más esencial a nuestra identidad.

Sacerdocio y configuración con Cristo

Quinto aspecto de esta teología del Corazón de Cristo desde el punto de vista del sacerdocio. Somos instrumentos de esa santificación de Dios, pero algo que acontece en nuestra vida es que somos instrumentos de la santificación al mismo tiempo en el que somos santificados; ambas cosas están llamadas a acontecer al mismo tiempo: instrumentos de una santificación y al mismo tiempo estamos siendo santificados. Hay una intuición de San Juan Pablo II, y es el hecho de que en el año 1995 instituyó la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes y en qué día la instituyó? en la solemnidad del Corazón de Jesús. Es curioso que él tuvo la intuición de decir ¿qué día rezamos, pedimos por la santificación de los sacerdotes? En el día de la solemnidad del Corazón de Jesús. ¡qué curioso!. ¿Por qué? por la viva conciencia de que la santificación no es meramente una respuesta, no es la respuesta moral a un requerimiento de conversión ya que la respuesta al requerimiento de conversión se queda muy lejos del don de la santidad. La santificación es configurarse con Cristo, con su forma de ver las cosas, con su forma de sentir, con su forma de reaccionar; es conformarse al Corazón de Cristo. Dice la carta a los Filipenses: *«Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo, el cual, siendo de condición divina...»*. Es decir, los mismos sentimientos del Corazón de Cristo. La santificación pasa por una configuración con el Corazón de Cristo, con una identificación con Él.

Así se entiende la famosa expresión del Santo Cura de Ars, que fue rescatada por Benedicto XVI en el inicio del año sacerdotal. Ahí escribió Benedicto XVI una carta, en el inicio del año, en la que rescató una frase que yo creo que estaba un poco olvidada, pero que ha sido emblemática para nosotros: **«El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús»**. Una frase emblemática: el sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús. Es el amor de Jesús el que nos ha configurado, nos ha transformado, nos ha sintonizado con Él, nos ha purificado de muchas cosas, y entonces esta encarnado en nuestra vida con una gran contradicción, con una gran paradoja, podemos decir. La gran paradoja de que somos Cristo para la vida del mundo, somos Jesús, y al mismo tiempo eso convive en nosotros, con alguien que está en proceso de conversión. La verdad es que el riesgo que ha corrido el Señor en llevar adelante esa paradoja en cada uno de nosotros, ¡menuda bomba! Pero el Señor, ha asumido todos los riesgos en esa gran apuesta por que nosotros seamos Jesús; no solamente hablemos de o nos refiramos a Él, sino que seamos Jesús. Acordaros que cuando consagramos al Señor, decimos: «Esto es mi cuerpo», no decimos: «Esto es su cuerpo». No, hablamos en primera persona, actuando Jesús en nosotros. Y eso es la expresión: el sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús.

Por lo tanto, esta dimensión nos recuerda que el sacerdote es un hombre habitado por Jesús, en el que vive Jesús asistido por los dones al Espíritu Santo que asistieron a Jesús. Y no olvides que la teología de los dones del Espíritu Santo nace de que es Jesús el que es movido por ellos. Lo que el Señor ha hecho en Jesús, quiere hacerlo en nosotros; quiere movernos como movió a Jesús. Hay textos en los que dice: «Jesús, movido por el Espíritu Santo, fue al desierto»; «Jesús, movido por el Espíritu Santo, abrió sus labios y pronunció esta oración». Nosotros estamos llamados a ser movidos por el Espíritu Santo, a ser habitados como Jesús ha sido plenamente habitado por el Espíritu Santo.

Caridad pastoral y conversión permanente

La clave de la santificación sacerdotal desde el Corazón de Jesús es recordar que el sacerdote es un hombre de Dios para los demás, como Jesús es del Padre. Él tenía muy claro que «yo soy del Padre para la vida del mundo»; nosotros somos también desde Dios para los demás. Carlos de Foucauld decía que **el sacerdote es como un ostensorio** cuyo deber es mostrar a Jesús y que está llamado a ser transparente, a fundirse, a confundirse con quién está mostrando. Antonio Chevrier, fundador del Prado, insiste que el sacerdote es un hombre comido; utiliza en esa expresión: «El sacerdote es un hombre comido». Igual que Jesús da a comer su cuerpo y su sangre, nosotros estamos llamados también a ofrecernos como alimento para la vida del mundo.

Y fijaros, dentro de estas características de santidad que son iluminadas desde el Corazón de Jesús, el sacerdote es aquel que recibe la gracia de engendrar hijos de Dios, hijos para Dios a través del ejercicio de la caridad pastoral, que es una característica esencial, especial, de la santidad sacerdotal, la de la caridad pastoral. La forma en la que el sacerdote se santifica es ejerciendo la caridad pastoral especialmente. Un texto inolvidable del Santo Cura de Ars, patrono de los párrocos, es el siguiente, que es conmovedor, dice él: *«Si yo tuviera ya un pie en el cielo y me vinieran a decir que volviera a la tierra para trabajar por la conversión de los pecadores volvería de buen grado. Y si para ello fuera necesario que permaneciera en la tierra hasta el fin del mundo, levantándome siempre a medianoche y sufriera como sufro, lo haría de todo corazón»*. Y lo dice alguien que tiene unas ganas de irse al cielo que no veas, porque eso es la característica de el Cura de Ars: alguien que tiene, bueno, lo que le pasa también a San Pablo que dice que ir al cielo es lo mejor, pero que al mismo tiempo esta plenamente abierto a la llamada. O sea, es decir, eso configura el corazón sacerdotal del Santo Cura de Ars diciendo: «Señor, estoy deseando, absolutamente, mi encuentro contigo, pero si tú me pides la gracia de prolongar mi vida, de prolongar también mi gran batalla, de prolongar mis sufrimientos para rescatar a un hombre más, pues aquí estoy a tu disposición». Porque lo mío, lo característico que configura mi camino de santidad, es el de la caridad pastoral: solo por un hombre más daré mi vida.

En esa obra, que no se si conocéis, del Padre Arrupe, cuando antes de ser superior general de la Compañía escribió esa obra *Dulce Japón*, donde hace una especie de memorias suyas en Japón, de cuando fue superior. Allí tiene una expresión que me parece conmovedora, dice: *«Le pedí a Dios que me hiciese morir antes de serle infiel, porque la muerte también es apostolado, mientras que la tibieza del sacerdote es la ruina de la cristiandad»*. Yo, cuando leí esta expresión en aquel libro, me impactó profundamente que la ruina que puede llegar a ser para la vida de la Iglesia la tibieza sacerdotal. Porque, fíjate, ya no únicamente los grandes pecados, sino la tibieza, la mediocridad, el daño que puede hacer a la vida de la Iglesia. Y la petición sincera que él hacía es decir: «Señor, llévame de esta vida antes de que yo sea motivo de que las almas se escandalicen por mi tibieza o por mi frivolidad». El que podamos pedirle a Dios con toda sinceridad: «Señor, que por mi tibieza, que por mi pecado nadie se aleje de ti, que yo no sea motivo de escándalo; que yo pueda pedir, sinceramente, Señor, llévame de esta vida, llévame de esta vida antes de que yo pueda ser motivo de que algún alma se aleje de ti». Y algo más todavía, que es decirle: «Señor, me ofrezco a ti como instrumento tuyo para que algún alma, para que algunas almas se acerquen a ti».

Yo creo el que tengamos plena conciencia de que en nuestro caso, en todas las vocaciones también pero en la nuestra particularmente, nuestra santificación personal va de la mano de la santificación de las almas que nos han sido encomendadas, es muy importante. Aquí no hay dos tareas: por un lado mi santificación y por otra la de las almas que nos han sido encomendadas, sino que vamos todos en el mismo pack. Y curiosamente, una de las grandes aportaciones que yo puedo hacer para llevar adelante la encomienda pastoral que la Iglesia me ha hecho es tomarme absolutamente en serio la llamada a la santidad; porque voy a decir una cosa: pocas aportaciones hacemos a nuestros fieles a los que les dirigimos nuestra tarea pastoral, para que ellos sean testigos de que somos un sacerdote que vive en tarea de permanente conversión, con la conciencia de estar en permanente tarea de conversión. Cuando el pueblo observa que tú y yo estamos en clave de conversión permanente, y que nunca estamos como diciendo “es que yo ya estoy en un estatus que me convierte en funcionario, es que yo ya hablo de las cosas como un profesional,” eso es dramático! ese momento en el que ya nos hemos instalado. Es nuestra gran aportación al pueblo de Dios: que ellos sean testigos de que ese instrumento de santificación que Dios le ha ofrecido, que el Corazón de Cristo les ha ofrecido, él mismo es el que se consagra por los que le han sido encomendados. La expresión de Jesús en la oración sacerdotal: «Padre, yo por ellos me consagro». Nosotros podemos también rezarla y decirle así: «Padre, yo por ello él me santificó, yo por ellos entrego mi vida, por ellos me consagro».

Quiero subrayar esto para terminar. Esa intuición de Juan Pablo II de ligar la solemnidad del Corazón de Jesús a la llamada a nuestra santificación. Y creo que esa conciencia que tuvo Jesús de que las almas que se le habían encomendado estaban íntimamente ligadas a la ofrenda que Él hacía al Padre, nosotros la trasladamos a decir: yo me consagro y el gran reto de santificación que yo tengo, está plenamente ligado a la santificación de las almas que me han sido encomendadas.